

HELMUT ALTRICHTER
WALTHER L. BERNECKER

HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XX

Traducción del alemán de
León E. Bieber

INSTITUTO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS,
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2014

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO	9
PRÓLOGO	11
I. EUROPA HACIA 1900	15
1. EL CORAZÓN DE EUROPA	15
2. ALEMANIA: ¿POTENCIA MUNDIAL O DECADENCIA?.....	29
3. AUSTRIA-HUNGRÍA: ¿DE LA CRISIS PERMANENTE A LA HUIDA HACIA ADELANTE?	31
4. RUSIA: ENTRE REFORMA Y REVOLUCIÓN.....	35
5. LAS GUERRAS Balcánicas: MAL AUGURIO DE LO VENI- DERO	38
6. LAS POTENCIAS OCCIDENTALES Y EL SISTEMA DE ALIANZAS ANTES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.....	40
7. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: EL FINAL DE UNA ÉPOCA	43
II. EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS	55
1. VISIÓN GENERAL.....	55
2. FRANCIA Y ALEMANIA: VECINOS ENEMISTADOS.....	73
3. EL TERCER REICH: TOTALITARISMO Y EXPANSIONISMO	93
4. ITALIA: ASCENSO DEL FASCISMO.....	108
5. EUROPA DEL ESTE: EL FRACASO DE LOS REGÍMENES DEMO- CRÁTICOS.....	118
6. ESPAÑA: DEL DESASTRE COLONIAL A LA GUERRA CIVIL	133
7. GRAN BRETAÑA: OCASO DE UNA POTENCIA MUNDIAL	147
8. LA UNIÓN SOVIÉTICA: EL ESTALINISMO	157
9. TRANSFORMACIÓN ESTRUCTURAL DE ECONOMÍA Y SO- CIEDAD.....	167
10. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: EL FIN DEL PERÍODO DE ENTREGUERRAS	182
III. EL ORDEN DE POSGUERRA	203
1. LAS PIEZAS EN JUEGO	203

	<i>Pág.</i>
2. ALEMANIA: DE LA OCUPACIÓN A LA DIVISIÓN	223
3. FRANCIA: EL CAMINO DIFERENCIAL EUROPEO Y LA RECONCILIACIÓN CON EL VECINO ALEMÁN	234
4. EUROPA: SEGURIDAD Y BIENESTAR MÁS ALLÁ DEL ESTADO NACIONAL	248
5. LA «OTRA» EUROPA: AELC (ASOCIACIÓN EUROPEA DE LIBRE COMERCIO) Y EEE (ESPACIO ECONÓMICO EUROPEO)	265
6. EUROPA ORIENTAL Y LA UNIÓN SOVIÉTICA: LA FORMACIÓN DEL BLOQUE ORIENTAL	272
7. LA GUERRA FRÍA EN EUROPA: ESCENARIOS DE CRISIS	293
8. EUROPA MERIDIONAL: DICTADURAS A LA SOMBRA DE LA POLÍTICA MUNDIAL	319
IV. EL SURGIMIENTO DE LA «NUEVA» EUROPA.....	337
1. UN AÑO CRUCIAL.....	337
2. RECONOCIMIENTO DE LAS FRONTERAS MEDIANTE RENUNCIA A LA VIOLENCIA; LA NUEVA POLÍTICA ALEMANA DE APERTURA AL ESTE.....	356
3. A LA BÚSQUEDA DE PRINCIPIOS DE SEGURIDAD Y COOPERACIÓN: EL PROCESO DE LA CONFERENCIA SOBRE LA SEGURIDAD Y LA COOPERACIÓN EUROPEA	366
4. EL REDESCUBRIMIENTO DE LA «EUROPA CENTRAL» EN EUROPA ORIENTAL.....	373
5. EL FIN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA.....	379
6. LA UNIÓN EUROPEA Y SU NUEVO ROL EN EL MUNDO.....	389
7. UNIDAD EN LA DIVERSIDAD: DE LA EUROPEIZACIÓN A LA GLOBALIZACIÓN DE LAS FORMAS DE VIDA	408
CONSIDERACIONES FINALES	419
APÉNDICES	
LISTA DE ABREVIATURAS Y SIGLAS.....	429
CRONOLOGÍA	435
BIBLIOGRAFÍA	463
DIRECCIONES DE INTERNET CON REFERENCIA A EUROPA	475
RELACIÓN DE ILUSTRACIONES Y MAPAS	477

PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

La versión española del libro *Historia de Europa en el siglo XX* se ha podido realizar gracias al apoyo de muchas personas e instituciones. En primer lugar, queremos destacar a dos personas que se han comprometido a fondo: los profesores Pedro Pérez Herrero y León E. Bieber. La idea de traducir el libro, escrito originalmente en alemán, partió de Pedro Pérez Herrero; a él debemos también el contacto con la editorial y suyo es el mérito de haber allanado cuantas dificultades surgieron en el camino. Sin su ayuda, que le agradecemos profundamente, este libro no se habría publicado. Asimismo, la aportación de León E. Bieber ha sido muy valiosa, pues a él se debe la traducción del texto. Por su parte, Carmen Martínez Gimeno se ha ocupado de su revisión final para adaptarla a las peculiaridades de la lengua de Cervantes.

Agradecemos el apoyo financiero que nos han brindado las fundaciones German-Schweiger-Stiftung y Hans-Frisch-Stiftung, ambas de nuestra universidad de origen, la Alexander-Universität Erlangen-Nürnberg. Con los fondos que nos proporcionaron pudimos preparar y actualizar esta versión española. Por último, deseamos señalar y agradecer la gran ayuda prestada en todo momento por Heidrun Kuka en la preparación de este libro.

La versión original se publicó en Alemania en el año 2004. Para la edición española hemos reescrito algunos capítulos e integrado los últimos resultados de la investigación histórica, además de ampliar la bibliografía y la cronología. La novedad principal de esta edición es que hemos actualizado el texto para abarcar hasta otoño del año 2013, con lo que se incluye la severa crisis financiera que ha azotado a Europa en los últimos cinco años y que ha obligado a modificar algunas interpretaciones.

En su día, el libro fue bien recibido por la crítica y los lectores de habla alemana. Esperamos que su versión española, elaborada con dedicación y entusiasmo, también sea acogida positivamente en España y América Latina.

Helmut ALTRICHTER/Walther L. BERNECKER
Erlangen-Nürnberg, otoño de 2013

PRÓLOGO

En el umbral del siglo XX Europa se encontraba en el apogeo de su poder y estaba convencida de su potencia, la superioridad de su cultura y la posibilidad de moldear el futuro mundial basándose en la racionalidad y la tecnología. Lo europeo parecía ser sinónimo de modernidad y progreso, de industrialización y urbanización, de bienestar y cultura general crecientes, de la vigencia del Estado de derecho y la participación ciudadana. Como impulsora del desarrollo mundial, Europa también había dejado su impronta en el continente norteamericano e impuesto su dominio en grandes partes del globo, especialmente en las regiones aledañas del continente asiático y del africano.

Pero en el terreno político no se pensaba en categorías europeas comunes, sino en las categorías imperantes del Estado nacional que condujeron a la región a la Primera Guerra Mundial. La industria y la tecnología, poco antes alabadas como avances, convirtieron al continente en el laboratorio de una modernidad pervertida; la capacidad de rendimiento de las economías nacionales devino en una batalla de desgaste a lo largo de cuatro años; la movilización de todas las fuerzas se transformó en la experiencia de una «guerra total» que dejó como secuela millones de muertos, heridos y mutilados, generando sociedades que habían perdido su epicentro, un mundo deshecho que terminó convirtiéndose en la «catástrofe originaria», en el verdadero comienzo del siglo XX como una «época de los extremos» (E. Hobsbawm).

Mirando hacia atrás, la paz solo fue un armisticio a plazo entre vencedores y vencidos. Durante la guerra, en Rusia el zar había sido derrocado y se había proclamado una república socialista de los soviets, que exhortó a los trabajadores de los demás países europeos a emular a los proletarios rusos y unirse a ellos. Siguió una guerra civil de varios años, que nuevamente costó millones de vidas. Los comunistas consiguieron mantenerse en el poder, declararon la lucha al «Occidente capitalista» y se presentaron como la «gran alternativa» en el camino hacia un futuro mejor, más justo, más pacífico: un futuro comunista. La desintegración de los Imperios ruso, otomano y austrohúngaro posibilitó el surgimiento de una serie de nuevos «Estados nacionales» en el sudeste y el este de Europa central. Aunque se habían concebido como barrera contra la Unión Soviética, estos nuevos Estados se hallaban inmersos en sus propios problemas políticos, económicos y sociales, además de constituir un factor de perturbación debido a que todas las

nuevas fronteras trazadas suscitaban desacuerdo. Las consecuencias económicas de la guerra mundial (inflación y desempleo masivo) agudizaron las tensiones, que culminaron en la crisis económica mundial.

De esta forma, el nacionalismo exasperado permaneció como signo de la época, tanto entre los que consideraban que habían salido perjudicados en los tratados de paz, como —mucho más aún— entre los vencidos en la guerra mundial, a los que guiaba el afán de conocer las razones de su derrota. Aquí, pero también en otros contextos, la burguesía y sus valores basados en la vigencia del Estado de derecho, la libertad de opinión y la participación parlamentaria —cuya paulatina imposición había caracterizado al siglo XIX— quedaron relegados y a la defensiva. Movimientos populistas de masas movilizaron la calle, socavaron los gobiernos parlamentarios e instalaron en el poder regímenes autoritarios, fascistas y nacionalsocialistas. Los instrumentos ideados para contrarrestar estas políticas (como la Sociedad de Naciones, creada después de la guerra mundial) resultaron demasiado débiles para detener la parafernalia de su actuación y, sobre todo, para impedir que la Alemania nacionalsocialista arrastrara a toda Europa a la Segunda Guerra Mundial.

Esta segunda guerra eclipsó con creces a la primera, que ya había sido grande y terrible, por sus ejércitos gigantescos y sus campos de batalla esparcidos alrededor del globo; el empleo de armas de destrucción masiva más móviles y modernas, desde las formaciones de tropas acorazadas, las flotas de bombarderos, los aviones caza de reacción y los cohetes, hasta el lanzamiento de las primeras bombas atómicas; la ideologización de la manera de hacer la guerra, que eliminaba la distinción entre combatientes y población civil; el genocidio organizado y las expulsiones masivas, los ingentes millones de caídos y la cantidad aún mayor de muertos civiles. De la antigua Europa solo quedaron ruinas.

Europa había llegado a su punto más bajo de desarrollo. En otros tiempos centro de la política mundial, ahora se convirtió en una doble periferia dentro de un orden mundial bipolar que tenía a la Unión Soviética y los Estados Unidos como nuevas metrópolis. La línea divisoria pasaba por el centro de Alemania que, como principal responsable de la guerra y el genocidio, había sido ocupada y dividida por la Unión Soviética, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. A medida que el consenso entre las potencias vencedoras se fue disipando en la segunda mitad de los años cuarenta, creció la desconfianza y las tensiones fueron aumentando, la frontera entre la Zona de Ocupación soviética y las tres Zonas de Ocupación occidentales se convirtió cada vez más en una frontera entre «dos mundos»: el mundo de las nuevas «repúblicas populares socialistas» en Europa oriental, con la Unión Soviética como ejemplo y potencia hegemónica, y las democracias parlamentarias de Occidente, cuya economía y sociedad se orientaban hacia modelos de economía de mercado y gozaban del apoyo de los Estados Unidos.

La Doctrina Truman y la fundación de la Kominform expresaron las divergencias irreconciliables; el Plan Marshall y el Consejo de Asistencia Económica Mutua profundizaron el alineamiento político-económico, y la OTAN y el Pacto de Varsovia se encargaron de organizar las respectivas estructuras militares.

En su conjunto, eran la expresión de una confrontación global, de una «guerra fría» de los sistemas, que dominó el desarrollo de posguerra durante décadas, redefiniendo las prioridades políticas en «Oriente» y «Occidente», prefijando las pautas de los discursos públicos y condicionando los modelos de argumentación, totalmente distintos a los modelos, los discursos públicos y las prioridades políticas del periodo de entreguerras. Quien en el Este exigía derechos políticos fundamentales garantizados o bienes de consumo se exponía al reproche de sembrar la discordia, de ser un enemigo del nuevo orden social «antifascista-democrático» y de favorecer «objetivamente» la labor de los revanchistas occidentales; quien planteaba en público cuestiones «nacionales» se hacía culpable de romper un tabú, pues debía considerarse que el socialismo las había resuelto. También en Occidente la nueva constelación ayudó a superar orientaciones «nacionales»: que los vecinos (pese a todas las comprensibles reservas y reparos de seguridad) cedieran a la presión estadounidense y aceptaran la inclusión de la República Federal de Alemania en el Programa Europeo (occidental) de Reconstrucción (PER) fue un paso importante en el camino a la Comunidad Económica Europea (occidental) que surgió con los Tratados de Roma de 1957 y que de manera paulatina se iría ampliando hacia la conformación de una comunidad política. Sin duda, el hecho de que este desarrollo se originara sobre la base de la división de Alemania y que en la constelación política mundial vigente fuera inimaginable la reunificación facilitó el consentimiento de los vecinos occidentales.

Las estructuras europeas creadas de este modo perdurarían incluso cuando las pautas políticas de la guerra fría dejaron poco a poco de marcar los discursos públicos, su fuerza de cohesión se debilitó y se volatilizaron, anunciando el fin del orden de posguerra. A ello contribuyeron muchas causas: un auge económico sin precedentes en Occidente, que proporcionó un bienestar hasta entonces desconocido; un cambio de valores que desplazó el acento en la política a asuntos sociales; el reconocimiento occidental del *statu quo* y las fronteras existentes, lo que junto a declaraciones de renuncia a la violencia ayudó a disminuir, desde fines de la década de los sesenta, los temores existentes; el perseverante intento de acercamiento recíproco, pese a todos los retrocesos, para acordar principios de trato mutuo bajo el reconocimiento de los derechos fundamentales y los derechos humanos, así como del libre intercambio de informaciones, como quedó recogido en el proceso de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea y en el Acta Final de Helsinki en agosto de 1975; finalmente, los movimientos de derechos humanos y el redescubrimiento de «Europa central» en Europa oriental, de un pasado común de Estado de derecho y de participación antes de la gran división. Hay que señalar que la caída de los muros y la apertura de las fronteras a finales de los años ochenta para dar paso a una nueva Europa reunificada solo fue posible gracias a que la potencia líder, la Unión Soviética era muy distinta después de las reformas de Gorbachov, la *glásnost* y la *perestroika*.

Este libro describe los cambios históricos y políticos ocurridos en Europa en el siglo XX, analizando la situación al filo de los dos siglos como el fin del «largo siglo XIX»; el período de entreguerras, en el que continuó prevaleciendo la ideología de los Estados nacionales; el orden de posguerra europeo, como parte de un mundo bipolar, y el fin de este orden, con la formación de una «nueva Europa»,

que también puso fin al «corto siglo XX». La edición alemana terminaba con una breve ojeada sobre los años noventa; para esta edición española se ha actualizado el texto y ahora abarca hasta el otoño de 2013, incluyendo la severa crisis financiera y del euro. En este examen final se ha pretendido poner de relieve lo que preocupaba a Europa por entonces y no ha sido posible profundizar en las particularidades de los sucesos. Confiamos en que el lector benévolo sepa disculpar estas omisiones.

CAPÍTULO I

EUROPA HACIA 1900

1. EL CORAZÓN DE EUROPA

1.1. Londres

En junio de 1897 la reina Victoria (1819-1901) conmemoró el sexagésimo aniversario de su ascensión al trono. Su recorrido por la ciudad de Londres, adornada festivamente con flores y festones, se convirtió en una marcha triunfal. Salió del palacio de Buckingham, donde había trasladado su corte en 1837, en un landó descubierta tirado por ocho caballos, escoltado por soldados con pintorescos uniformes y por unidades militares de Canadá y Ciudad del Cabo, de Jamaica y Chipre, de India y Australia, de Singapur y Hong Kong. El cortejo recorrió The Mall, el amplio bulevar desde donde, más allá del parque de St. James, se divisaba Whitehall. Desde allí se gobernaba un imperio mundial con patrimonios en todos los continentes y bases en todos los mares; un imperio literalmente universal que con sus 29 millones de kilómetros cuadrados y sus 397 millones de habitantes era mucho más grande que el resto de Europa. El séquito pasó junto a la plaza de Trafalgar y la columna de Nelson, que recordaban sus victorias sobre los españoles en San Vicente, sobre la flota francesa del Mediterráneo en el Nilo, el bombardeo de Copenhague y, de forma más precisa, la victoria sobre la flota hispano-francesa en el cabo de Trafalgar en 1805. En esa victoria Nelson (1758-1805) fue herido mortalmente, pero se aseguró la supremacía marítima de Gran Bretaña a lo largo del siglo siguiente. El recorrido terminó en la imponente catedral de San Pablo, sede del obispo de Londres e «iglesia parroquial de la Commonwealth británica». Construida entre 1675 y 1710 bajo la dirección de sir Christopher Wren (1632-1723), en ella fue enterrado Nelson junto a varias otras dignidades, incluido el duque de Wellington (1769-1852) que, en su calidad de jefe del cuerpo expedicionario británico en España y Portugal, obtuvo decisivas victorias contra las tropas francesas y en 1815, como comandante de las tropas aliadas, conjuntamente con Blücher (1742-1819), derrotó a Napoleón (1769-1821) en Belle-Alliance (Waterloo).

De este modo, la comitiva llegó al centro burgués de la ciudad, la City of London, donde latía incesante, impetuoso y bullicioso el corazón de la urbe y del im-

perio mundial. Ahí se encontraba la municipalidad (Guildhall), la residencia del burgomaestre, el Banco de Inglaterra, la Bolsa Real (Royal Exchange) y la Bolsa de Valores de Londres (London Stock Exchange). Aparte del mencionado banco, allí también tenían sus filiales toda una serie de bancos regionales y locales (sobre todo en la Lombardstreet), estaban los palacios de los grandes bancos comerciales internacionales (Rothschild, Baring, Gipps) y de las compañías aseguradoras (Lloyds), además de las oficinas y los almacenes de las grandes empresas y las redacciones de los diarios importantes. Allí no se residía: se iba para cumplir con los compromisos laborales como hombre de negocios y finanzas, como banquero, empleado o abogado, y al atardecer se retornaba nuevamente a los suburbios. En la Bolsa de Valores londinense se efectuaban a diario transacciones por diez millones de libras, que comprendían desde obligaciones y letras de cambio de las pequeñas empresas industriales, comerciales y financieras, hasta los valores bursátiles de las grandes sociedades anónimas y de empréstitos públicos. Desde la City se dirigían los flujos de capital, mercancías y servicios, y se gobernaba la flota mercantil más grande del mundo (35.000 barcos) que vinculaba a la madre patria con sus colonias y con el resto del globo terráqueo. Allí se hacían fortunas y también política para evitar peligros o prevenirlos. Allí se aunaban la búsqueda de lucro, el patriotismo y el imperialismo en un modelo exitoso que provocaba imitación y que formaba parte de la era victoriana, al igual que la reina a la que debía su nombre (Schneer, 1999).

El 22 de junio de 1897 la reina anotó en su diario: «Jamás a nadie se ha dispensado semejante ovación como la que recibí cuando recorrí diez kilómetros por las calles de Londres. Increíblemente grande la muchedumbre, fantástico y conmovedor su entusiasmo». Y el mismo día, el primer ministro, lord Salisbury, la felicitaba por el «brillante éxito», que interpretaba como una señal segura «de la vivaz y sincera simpatía [...] que se ha gestado entre la soberana sobre un extenso imperio y sus súbditos en todo el mundo» (Tingsten, 1997: 56 y ss.). Sin duda, Londres, junto a su reina, se festejaba a sí mismo y a la vez al enorme imperio del que era metrópoli. Ninguna de las naciones europeas parecía estar mejor preparada para el futuro que Gran Bretaña. En la competencia internacional ninguna contaba ni remotamente con un imperio colonial semejante, ya fuera como proveedor de materias primas o como mercado de consumo. Con el control sobre Egipto, Nigeria, Benín, Uganda, Kenia, Rhodesia y otros territorios al norte del cabo de Buena Esperanza, el imperio creció con mayor fuerza durante el reinado de Victoria. En ninguna parte de Europa estaban tan avanzados el fundamento del poder exterior y el bienestar interno o la transición del Estado agrario al industrial; en ninguna parte el PIB per cápita era tan grande como en el Reino Unido. Nada mostraba mejor esta diferencia que la comparación con la segunda mayor potencia colonial, Francia, que se había quedado muy rezagada frente a aquel desarrollo. Sin embargo, el país y su capital contaban con otros méritos.

1.2. París

En el año 1900 París organizó por quinta vez la Feria Mundial. Como correspondía a una fiesta centenaria, todo debía ser más hermoso y más grande que



Ilustración 1

La Aurora engalanada de flores abre el «portal del alba» adornado con los emblemas de Apolo y los planetas para anunciar el nuevo siglo. El cuadro del pintor inglés Herbert Draper (1863-1920) del año 1900 deja vislumbrar algo de las esperanzas y expectativas que se asociaban con el inicio del siglo xx.

nunca. Desde Andorra hasta los Estados Unidos, 40 países aceptaron la invitación de Francia para participar. Sobre un recinto ferial de más de un millón de metros cuadrados, de los cuales casi la mitad estaba cubierta por pabellones, un total de 100.000 expositores presentaron en 18 grupos sus objetos y artefactos. El área de la exposición se extendía desde la Place de la Concorde, a lo largo de ambas orillas del Sena, hasta el Campo de Marte y el Trocadero. Si bien la Torre Eiffel y el Pabellón de Máquinas fueron incluidos pese a que habían sido construidos para la Feria Mundial de 1889, la mayor parte de las instalaciones eran nuevas: el Grand y el Petit Palais, así como el conjunto de edificios sobre la Esplanade des Invalides, en los cuales se expusieron obras de arte y artesanía; el nuevo Pont Alexandre III, que unía la orilla derecha con la izquierda del Sena; los pabellones para la exposición industrial levantados en el Campo de Marte y destinados a la industria textil y de vestimenta, a la minería y la metalurgia, a la mecánica y la construcción de maquinaria, a la ingeniería y los medios de transporte, así como a la industria química, por mencionar solo los sectores más importantes, y cuyo culmen fue el espectacular Palacio de la Electricidad. En su conjunto, los objetos de la exposición mostraban la transformación radical que se había obrado en el mundo durante el transcurso del siglo pasado gracias a la fuerza del vapor, las máquinas, la construcción de ferrocarriles y la electricidad, de los que ya no se podía prescindir en la vida cotidiana. Sin embargo, por razones de espacio, «las enormes locomotoras de vapor y eléctricas, los automóviles, las bicicletas, en fin, todo lo que supera el espacio, lo que puede equilibrar los contrastes entre ciudad y campo, así como entre las naciones», tuvieron que desplazarse al parque de Vincennes.

La capital francesa se presentaba como el «escenario de la fiesta más formidable del trabajo jamás celebrada, de la competencia pacífica de todas las naciones en el campo de las artes plásticas, de la ciencia y de la industria», como un «hermoso marco imperecedero del brillante repaso de un siglo que prestó a la humanidad servicios más grandes que cualquier época pretérita» (Kraemer, 1984). Sin que importara si el visitante llegaba en un vapor transatlántico o en coche cama, si continuaba viaje en un carruaje tirado por caballos o con el nuevo tren metropolitano, si ya había reservado hotel y excursiones desde su casa o lo hacía al llegar, el gigantesco parque de atracciones Lunapark ofrecía algo a cada uno: un enorme telescopio con un diámetro de 1,25 metros y 60 metros de distancia focal; el reflector más grande del mundo; un pabellón de máquinas con una amplitud de 105 metros, 420 de longitud y 48 de altura; máquinas de vapor y de dínamo con un rendimiento de miles de caballos de fuerza; escaleras mecánicas que conducían de un piso al otro, y además la presentación de películas, viajes en barcos de vapor por el Sena o en el trenecito eléctrico alrededor del recinto de la exposición. No menos atractivo era lo que ofrecía la ciudad como tal, con sus suntuosas calles, bulevares y avenidas, sus parques y sus jardines, herencia de la modernización imperial emprendida bajo Napoleón III (1808-1873) y realizada por Haussmann, prefecto de París (1809-1891). Grandiosa ya de día, lo era más aún con la iluminación nocturna. Ahí estaban su hotelería y gastronomía, sus lujosos albergues y restaurantes, sus locales con terrazas, sus cafés; la oferta cultural de los teatros, la ópera y el ballet, pero también los cafés concierto, los teatros de variedades y los cabarets, con sus músicos, cantantes,

bailarinas, acróbatas y magos. Todo ello, así como el entorno intelectual y social que lo había creado y lo sostenía, convirtió al París de la Belle Epoque «en la capital cultural que establecía criterio en la moda, el arte y la literatura, además del refinamiento en los placeres de la vida, emulados en todo el mundo» (Willms, 1988: 451). Lo que el visitante en el mejor de los casos intuía era que lo uno estaba estrechamente relacionado con lo otro: que la modernización de la ciudad realizada por Haussmann y sus consecuencias sociales, el desplazamiento de la clase trabajadora hacia la periferia, habían creado las condiciones necesarias para su surgimiento.

Sin embargo, todo esto no logró que se olvidara la derrota contra Alemania en 1870 y la subsiguiente guerra civil en la capital, la represión del levantamiento de la Comuna y las decenas de miles de muertos, apresados y deportados que hubo. Estos acontecimientos continuaron influyendo en las turbulencias políticas; en la permanente crisis de la Tercera República, amenazada desde la izquierda y la derecha; en los conflictos entre republicanos y monárquicos, entre las viejas y las nuevas élites, y en las convulsiones provenientes del nacionalismo, el antisemitismo y el anticlericalismo. Pero los logros culturales expuestos constituían una señal de esperanza de que a la sombra del sufragio universal y del creciente bienestar tal vez fuera posible consolidar la «gran coalición del tercer estamento» y dejar atrás el pasado con la irrupción de la sociedad de consumo y la cultura de masas.

1.3. Berlín

El Berlín oficial festejó el cambio del año 1899 a 1900 con especial pompa. Predominaban las condecoraciones y los uniformes de gala cuando la familia imperial con Guillermo II (1859-1941) a la cabeza, vestido con uniforme de general, se reunió con los príncipes no pertenecientes a casas reales, los chambelanes, los presidentes de ambas cámaras legislativas del Reich y de Prusia, el canciller del imperio y los ministros prusianos, los embajadores y los ministros plenipotenciarios, los agregados militares y los mariscales de campo para asistir a la misa de medianoche en la iglesia de palacio. El capellán mayor de la corte recordó durante la ceremonia cómo los «sueños y anhelos» de conformar el imperio se habían hecho realidad: los alemanes, dijo, a comienzos del pasado siglo eran un «pueblo de pensadores y soñadores» al que se admiraba y era objeto de mofa a partes iguales, entonces habían alcanzado «una organización placentera y agradable» de su vida mediante «empeño», «fuerza» y «espíritu»; y gracias al «descomunal éxito de su comercio» y a la «fuerza unificadora» debida a su técnica, ahora contaba entre «los primeros en la competencia por la conquista espiritual del mundo». Al son del toque de campanas, del estampido de cañones y del sonido de trompetas, los notables se dirigieron seguidamente al Salón Blanco del palacio para el desfile de felicitación por el Año Nuevo ante sus majestades (Salewski, 1971).

Condecoraciones y uniformes dominaron aún más la escena durante la gran fiesta militar celebrada a mediodía en la Armería Real, donde, con motivo del cambio de siglo, se reemplazaron banderas y estandartes desgastados por otros

nuevos y consagrados. Una vez que el preposición castrense hubo realizado la bendición y después de 33 salvas de saludo y un tedeum, el emperador tomó la palabra para expresar a quién se debía agradecer sobre todo la unificación del imperio: a Prusia, a su dinastía y a su victorioso ejército. Y del pasado extrajo una obligación para el futuro: así como Federico Guillermo III (1770-1840) con la introducción del servicio militar obligatorio y Guillermo I (1797-1888) con la reorganización del ejército a pesar de la incompreensión que tuvo que afrontar habían sentado las bases para la unificación, él quería «dar continuidad y llevar a cabo la reorganización» de la flota, a la que designó como «mi marina», porque deseaba que se posicionara al lado del ejército a fin de que también en el exterior el Imperio alemán estuviera en condiciones de alcanzar la posición que todavía no había logrado. A quien no había comprendido el mensaje se lo aclaró con un dicho de Federico Guillermo I (1688-1740): «El que quiera lograr algo en el mundo no podrá hacerlo con la pluma si no tiene a su lado el poder de la espada». Estas palabras ya las conocían los países vecinos de Berlín, que había decidido hacer «política mundial» y exigía obtener también «un puesto bajo el sol». Esta demanda se subrayaba ahora con la construcción de una armada.

No sorprende que el llamamiento imperial «¡A mi ejército!», que fue publicado el 1 de enero de 1900 en la primera página de un número especial del *Diario Oficial del Ejército*, mostrara como encabezamiento la viñeta con la figura de Germania de pie portando escudo y espada frente a una aureola con el año 1900, los castillos del Rin a la derecha y un buque de vapor a la izquierda, delimitados por dos Cruces de Hierro. Poco después un motivo muy semejante adornaría el billete de 100 marcos: una Germania joven sentada bajo un vasto roble con escudo de armas y espada, y la corona imperial sobre la cabeza. A sus pies, los fundamentos del bienestar: arado, yunque, rueda dentada y caduceo, mientras por el fondo atravesaba la «resplandeciente» armada.

El recuerdo del comienzo del siglo que acababa de terminar; el agradecimiento por lo logrado, la unificación del Estado nacional; el apenas disimulado gran orgullo sobre el presente y la esperanza de un futuro aún más grandioso: de todo esto hablaban innumerables retrospectivas sobre el siglo pasado, editoriales, solemnes discursos y otros comunicados. Es evidente que reflejaban algo de la fe en el progreso, del «sentimiento de vida» que inundaba a este joven y dinámico Estado nacional; y también de aquello que desconcertaba e irritaba a los países vecinos. «¿Qué era Alemania a comienzos de siglo?», preguntaba el periódico liberal *Vossische Zeitung*, agregando la respuesta: «Apenas un concepto geográfico». «¿Qué eran los príncipes hace cien años? No pensaban en una patria alemana». «¿Qué era la burguesía? Estaba subyugada y amordazada». «¿Qué era el campesino a comienzos del siglo? No mucho más que un esclavo blanco» (*Vossische Zeitung*, 1900, núm. 2). En contraposición, en la transición al siglo xx, el Imperio alemán presentaba «la imagen de un Estado bien ordenado y en próspero desarrollo»; el año 1900 constituía «un importante hito en el camino a la consolidación interna del Estado unificado recién surgido y fortalecido»: así lo registraba con orgullo el catálogo oficial para la Feria Mundial de París, en la cual Alemania se presentaba como potencia cultural y económica (*Weltausstellung*, 1900, 1). Economía y desarrollo técnico fueron los requisitos para que el

Imperio alemán pudiese ingresar por «la puerta abierta del siglo, dispuesto a la lucha [...] con el puño cerrado en un brazo de armadura de hierro, amenazando a aquel que con malvada altanería se atreviera a molestar nuestra paz». «Un cerco férreo de armas ciña nuestras sagradas fronteras y mostremos nuestras banderas en lejanos mares»: en este lenguaje marcial se expresó el rector de la Escuela Técnica Superior de Karlsruhe en su discurso con motivo de la conmemoración del centenario (Berghoff, 2000: 53 y ss.). Su colega de la Friedrich-Wilhelms-Universität de Berlín, el filólogo clásico Von Wilamowitz-Moellendorf (1848-1931), también dejó atrás la mera unificación del Imperio. En sus palabras, «el ascenso de Alemania a potencia mundial constituiría» para siempre el «contenido fundamental del siglo XIX [...] en la memoria de la humanidad»; y visualizaba como demiurgo y «escuela de la nación» al ejército. Él fue el que consumó el paso de la idea al hecho: «Que la nuca esté tan recta, el pecho tan libre y la vista tan clara, el hombre alemán se lo debe al sentimiento de honor viril que le infundió la educación del ejército» (Salewski, 1971: 351 y ss.).

Asimismo, con el cambio de siglo «el proletariado con conciencia de clase» atravesó «el umbral al siglo XX con valiente júbilo y orgulloso de esperanza», según destacó Franz Mehring (1846-1919), uno de sus inspiradores, en el órgano teórico central del movimiento. Si el siglo XIX había sido «un siglo de esperanza», el siguiente sería «un siglo de realización». Era el desarrollo de las fuerzas productivas lo que le hacía confiar plenamente en la victoria. «Progresos en todos los ámbitos de la actividad humana», que ni los espíritus más osados sospechaban, se veían acompañados y coronados por la «lucha de emancipación proletaria, ya no como mítica sino como real y verdadera redención del género humano» (Mehring, 1899-1900: 385 y ss.). Fe en el progreso y optimismo en el futuro encontraron su expresión emblemática en el cuadro «de una enorme locomotora de la construcción más moderna que, adornada con guirnaldas y ocupada por dos animados proletarios típicos agitando sus gorros, corría a todo vapor hacia un cambio de vías desde el que un ramal conducía hacia un portal de columnas coronado con laureles donde estaban grabadas las palabras “el nuevo tiempo” [...]. Una mujer fornida con el ropaje de la Revolución francesa y gorro frigio —la personificación alegórica de la socialdemocracia— se encontraba en primer plano junto a la palanca de cambio del puesto, dispuesta a desviar la vía [...] a fin de aprovechar la dinámica propia del capitalismo» para conducir el desarrollo a un nuevo carril, al derrotero hacia «el nuevo tiempo» (Welskopp, 2000: 17). *El Nuevo Tiempo* también era el título programático de la revista ya mencionada. Si bien con sus propias banderas, no cabía duda de que también la socialdemocracia alemana compartía el orgullo sobre el presente y las expectativas de futuro.

1.4. Viena

En diciembre de 1898 también Viena conmemoraba un aniversario de coronación: desde hacía cincuenta años gobernaba el emperador Francisco José (1830-1916). Pero el homenajeado no estaba con ánimo para festejos. Pocas semanas antes un anarquista italiano había asesinado a la emperatriz Isabel (1837-1898) junto al lago de Ginebra. Fue desde cualquier punto de vista un hecho sin



Mapa 1

El orden estatal de la Europa central y oriental a inicios del siglo xx.

sentido, puesto que la emperatriz austriaca no era precisamente una representante de importancia vital de ese «gran» mundo que el anarquista odiaba. Hacía años que Isabel huía permanentemente de la corte y sus obligaciones tanto como de sí misma; sufría depresiones, problemas de alimentación y edemas por hambre, y se había hospedado en el hotel Beau Rivage de Ginebra bajo el seudónimo de condesa de Hohenembs. Cuando el autor del atentado, que en realidad buscaba eliminar al pretendiente al trono francés, se enteró de la presencia de incógnito de la emperatriz, puso fin a su vida con una lima.

Francisco José habría reaccionado ante la noticia con la resignada observación de que, por lo visto, «nada se le iba a ahorrar» en este mundo. Diez años antes, su único hijo y heredero al trono, Rodolfo (1858-1889), debido al estilo de vida que llevaba y a las disputas con su padre por asuntos políticos, se había suicidado en Mayerling, arrastrando también a la muerte a su joven amante. Su trágico fin convirtió en heredero al trono al hermano menor de Francisco José, Carlos Luis (1833-1896). Cuando también Carlos Luis falleció, el privilegio pasó al hijo mayor de este, Francisco Fernando (1863-1914), pero cuando le fue diagnosticada tuberculosis, durante algún tiempo pareció incierto que pudiera suceder al emperador. Una vez superada la crisis de salud, expuso sus planes matrimoniales, que fueron denegados por Francisco José. Sin embargo, el emperador acabó consintiendo a condición de que los hijos de ese matrimonio quedaran excluidos de la sucesión al trono. Francisco Fernando tuvo que doblegarse y el 28 de junio de 1900, en una solemne ceremonia humillante para él, hizo una declaración de renuncia juramentada en el castillo de la corte de Viena en presencia del emperador y de todos los archiduques, del ministro de Relaciones Exteriores y del de la Casa Imperial y Real, de los ministros presidentes de Austria y de Hungría, de los altos dignatarios de la corte, del cardenal-arzobispo de Viena y del primado de Hungría. Ni el emperador ni los archiduques participaron en su boda.

Todo esto tuvo consecuencias. La desintegración de la familia imperial y la incertidumbre respecto a la sucesión al trono aumentaban las dudas acerca de la subsistencia misma del imperio. ¿Qué otra cosa mantenía unida a la doble monarquía, al imperio multinacional de alemanes, magiares, checos, polacos, rutenos, rumanos, croatas, serbios, eslovacos, eslovenos, italianos y judíos sino la dinastía, la autoridad de Francisco José y la lealtad hacia la casa real? Después del acuerdo de 1867, el Imperio Habsburgo quedó conformado por dos Estados soberanos: el Imperio austriaco cisleithano y el Reino húngaro transleithano (así llamados por un pequeño afluente del Danubio, el Leitha), que solo consideraban tareas comunes la política exterior, los asuntos militares y los gastos necesarios para cubrir ambos. Otras cuestiones que precisaban su acuerdo mutuo debían ser zanjadas en conversaciones bilaterales muchas veces complicadas y de larga duración, hecho que dificultaba aún más la capacidad de acción del imperio en su conjunto. Y eso no era todo. En la parte austriaca los alemanes apenas constituían el 36 por 100 de la población, mientras que los magiares, en la húngara, alcanzaban poco más del 51 por 100; además, aunque de estructuras muy diferentes, tanto Austria como Hungría estaban igualmente mal preparadas para las disputas en ciernes con las minorías nacionales.